

EL MUNDO

Viernes, 24 de septiembre de 2004. Año XV. Número: 5.403.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El arte de conversar

LUIS RACIONERO

Como ya he leído *La sombra del viento* y *El Código Da Vinci*, he podido pasar a libros más frívolos y exóticos, libros en desuso que aparecen al abrir cajas de otra mudanza. Al mudar de lugar se varían las lecturas, porque cada *genius loci* propicia sus autores. Me cayó en las manos el libro de conversaciones del filósofo y matemático inglés Alfred North Whitehead -que escribió *Principia mathematica* con Bertrand Russell- con su colega de Harvard Lucien Price. A los 63 años, en 1924, Whitehead recibió una oferta de la Universidad de Harvard para enseñar Filosofía en EEUU, así que dejó la Universidad de Londres, como antes había dejado Cambridge, su alma máter, para marcharse a Boston.

Las conversaciones son en realidad monólogos: es lo que suele suceder debido a la disparidad intelectual entre el que pregunta y el que contesta, pero por lo menos el que pregunta no tiene la desagradable manía de tener razón como Sócrates con sus víctimas. La conversación del doctor Johnson en la biografía de Boswell es un monólogo, lo es todavía más la sobremesa (*table talk*) de Coleridge recogida por su sobrino, como lo son las conversaciones de Max Beerbhom que aún no he rescatado del cajón donde fueron trasladados. Deshacer estos cajones de libros es como un psicoanálisis, que dicen se parece a la confesión, para mí se parece más a la Inquisición porque tengo una hoguera en el patio.

De las conversaciones que conozco las únicas que no son monólogo son las de Goethe con Eckermann. Extraño misterio porque Goethe es el más grande de todos los citados y, sin embargo, el cándido Eckermann dialoga con él, como sin querer, pero diciendo más que cualquiera de los otros transcriptores de conversaciones. Yo, que el Fausto lo encuentro deslavazado y artificioso, disfruto estos diálogos que, como todos los demás, son la mejor autobiografía de un personaje.

El refinado Walter Seavage Landor dio con la peregrina idea de escribir

Conversaciones imaginarias entre Dante y Beatriz, Radamisto y Cenobia o Maquiaveli y Guiciardini. Landor tomó el género del genial Fontenelle, gran conversador de los salones parisinos del XVIII, que tenía el cerebro donde los demás tienen el corazón, según Madame du Detfand, y que escribió los Diálogos de los Muertos, en que cruzaba épocas: Safo y Laura, Sócrates y Montaigne o Séneca y Scarron. Una de las veces en las que Jaime Gil de Biedma vino a mi masía desde el vecino Ultramort, me pidió libros sobre Lord Byron, de quien estaba escribiendo un prólogo para una edición de cartas. Cuando vio las Conversaciones imaginarias de Landor, se llevó el volumen quinto para leer aquélla entre el cura Merino y el general Lacy. Me la devolvió.

Jaime Gil sí era un conversador fuera de serie, sobre todo hablando de poesía, cuyos entresijos técnicos conocía y explicaba a la perfección, pese a envolver su obra con ese aire de improvisación desgachada que él consideraba elegante. Una tarde de verano en Ultramort me estuvo hablando durante una hora del poema de Machado Recuerdos de Delirio y Duermevela: lo recitó, lo desmenuzó, lo analizó, luego lo sintetizó, me habló del verso llano, como «Ce toit tranquille ou marchent les colombes / entre les pins palpites entre les ombres» que está en El Cementerio marino de Valery. ¡Claro que era un monólogo! Y yo entusiasmado escuchándole sólo introducía el comentario justo para que ampliara el tema.

Recuerdo un día que apareció en la plaza de San Martín de Ampurias con Juan Gil Albert, sería hacia el año 90: me senté con ellos. Cuando al cabo de mucho tiempo de diálogo entre los dos poetas, Jaime Gil se levantó un momento, Gil Albert me miró preocupado y dijo: «Con Jaime no hablamos de esto, pero ayer, cuando llegué al aeropuerto de Barcelona, Jaime cogió la maleta equivocada y no dispongo de mis colonias ni de nada». Pregunté si no habían dado parte y me dijo que nada. Salí disparado al teléfono, llamé a Iberia y los de equipajes extraviados me recriminaron: «¿Es usted el de la maleta confundida?, pues hay un viajante de comercio de Sabadell que no para de llamar». La maleta de Gil Albert se puso en marcha hacia Ultramort.

Entre las muchas anécdotas que contó Gil Albert, que conocía a todo el mundo en la Generación del 27, me gustó particularmente la de enero del 39, cuando él, huyendo de Valencia, pasó por Barcelona camino del exilio. Fue a tomar el té con dos tías solteras que vivían en Barcelona; una de ellas le preguntó: «Oye, Juan, tú que andas por ahí, ¿cuándo acabará esta huelga?». Me acordé de otro maravilloso exiliado, José Fernández Montesinos, a quien oí conversar largo y tendido durante dos años en Berkeley y luego en Barcelona, cuando en 1970 volvió del exilio.

Ahora que no tengo con quién hablar, me dedico a leer estos libros de

conversaciones, que es como estar presente en la mesa de Coleridge, en las cenas de Whitehead, en el estudio de Goethe o en la casita de Beerbhom en la Riviera. ¿Se ha perdido el arte de la conversación o soy yo que no doy con la tertulia adecuada?

La conversación, para ser un placer, debe tener forma y fondo: las formas son la corrección en la dicción, la musicalidad de la voz y el tono, la expresividad. El fondo es el tema del que se habla. En las tertulias de antes de la guerra, que es cuando se hablaba bien, los temas eran literarios con añadidos de política y actualidad. Ahora en las radios se habla de política y en la televisión de cotilleos, con honrosas excepciones. ¿A qué se debe este bajón de nivel? A que la cultura ya no es lo más venerado en una sociedad que se ha decantado claramente por el dinero; eso en cuanto al fondo. En la forma se ha perdido porque la gente ya no habla: escucha. Desde que se inventó la radio la gente escucha, con la tele ni escucha, mira. «Te he visto en la tele», nunca me han oído. Por eso el último gran conversador fue Oscar Wilde, que murió en 1900. Aquí aún vivimos de los rescoldos del arte de hablar que sobrevivió hasta mediados del siglo XX: la tertulia de Valle-Inclán, la del Pombo o la del Ateneo en Barcelona, donde asistían Plà, Segarra, Pujols y Eugeni D'Ors antes de ser defenestrado de la Generalitat. Luego D'Ors reaparece en castellano en Historia de una Tertulia de Antonio Díaz Cañabate. Quizás ésta fue la última de las grandes tertulias.

Los grandes conversadores murieron hacia mediados del siglo XX. A algunos los salvó Joaquín Soler Serrano en sus entrevistas televisadas de una hora. ¡Qué no daríamos por tener un A Fondo de García Lorca, de Oscar Wilde, de Valle Inclán! Los libros nos dan a los grandes conversadores en blanco y negro, les falta el color de su voz, el gesto, el tono, la presencia. Les falta casi toda la forma, pero nos dan el fondo.

Luis Racionero es escritor, autor de obras como La cárcel del amor o El progreso decadente.